

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

# LAS ARENGAS DEL VALOR

LA PROVOCACIÓN DE CUAHŪTEMOCTZIN



MAUCCI H<sup>OS</sup> MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

---

# LAS ARENGAS DEL VALOR

ó

LA PROVOCACIÓN DE CUAHUTEMOCTZIN

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

**Maucol Hermanos.— Primera del Relox, 1  
1900**



## Las Arengas del Valor



¡Cuánto espanto reina, amigos míos, en las tropas españolas que se encuentran allá en la ciudad de «Tenochtitlan» ocupando el magnífico palacio de «Axayacotl»!...

¡Temblaban!... ¿Por qué?...

La causa es sencilla, amigos míos.

Había estallado por fin la cólera del pueblo.

La indignación popular fué como la erupción de un volcán al conocerse la conducta co

barde y siniestra del emperador «Xocoyotzin». (1)

Los españoles supieron que por todos los barrios de Tenochtitlan cundía la noticia de la prisión de «Moctecuhzoma» con increíble rapidez, produciendo una inmensa alarma, una enorme cólera...

Se veía el despertar del pueblo mexicano, antes tan sumiso; pero herido repentinamente en su honra, en sus tradiciones, en su mismo corazón valiente y audaz.

¿Qué sería de aquel puñado de aventureros españoles que tenían encerrado á su rey, si por fin reventaba la ola de sagrada indignación y de sorda fermentación contra los audaces intrusos recién llegados? ¿Qué sería de todos? Al escuchar el estruendo de las multitudes aquella noche, temblaban los españoles... temblaban y se encomendaban, rezando en silencio, á sus santos patronos, creyendo que iba á llegarle á cada uno el último día de su vida...

---

(1) Léase el relato titulado «La cólera del pueblo» y el que le precede, «El último ultraje».

¡Estaban encerrados en el palacio que los aztecas rodeaban y amenazaban atacar.

\*  
\* \*

Sólo tres seres infundieron ánimo y volvieron el valor á los aventureros conquistadores!..

Ya iban á perecer, por las sabias y valientes disposiciones de «Cristlahuac», «Cuahutemoctzin» y «Ocetotltzin», guerreros aztecas de inmenso brío, cuando de súbito en el instante en que en el palacio todo era desorden, se presentó el anciano Fray «Bartolomé de Olmedo», quien había llegado con los españoles, empuñando la «Cruz» del estandarte cristiano.

¡El amable representante de Cristo, buscaba las conquistas de las almas que no reconocían el amor del Evangelio de Jesús!... ¡Quería convertir los rudos y feroces espíritus de sangui-narios ritos, á la pura, dulce y bienhechora doctrina cristiana!



Eso era lo que anhelaba Fray Bartolomé de Olmedo, uno de los que se presentó en el salón donde cavilaban los españoles amedrentados por la actitud del pueblo...

Una mujer, tranquila, bella y reposada, con sonrisa sutil y ademán humilde, una mujer, eterna compañera del «caudillo» español, fué el otro sér que se presentó á prestar valor en

los ánimos, hablando en nombre de los futuros destinos de las razas que debían unirse y ser fuertes si se unían con amor y conciencia, con sentimiento purísimo y leal, sin humillaciones ni desigualdades... Parecía inspirada por sobrehumana fuerza la mujer que así hablaba.

¿Quién era la extraña y tranquila interrump-tora de los desórdenes á que se entregaban los españoles para acallar sus temores?

¡Era Malinali—según la llamaban en «Tobasco», su tierra,—«Malitzin», según otros; «Malinché» según los mexicanos y Marina, según los nombres que le dieron los españoles mismos después de bautizarla.

El tercero de los que, uno tras otro, fueron entrando, era... era...

El rey poeta «Netzahualcoyotl». (1)

.....

\*  
\* \*

— — —

(1) Leed los preciosos relatos de la primera série que se refieren á «Netzahualcoyotl». así como las de «la série extraordinaria».

¡Dígalo de una vez! Quien se presentó fué el mismo «Cuahutemocztin», príncipe y gran «Tecuhtli» y señor de «Tlaltelolco», «Caballero-águila y riquísimo miembro de la familia imperial azteca.

¡Con qué soberbia, con qué magestad, con qué gallardía espléndida y triunfante, imponente y conmovedora se presentó el augusto joven príncipe!

Amigos míos, buenos amigos mexicanos, yo quiero que presenciéis el gran cuadro: inmensa sala azteca atestada por muchedumbres de españoles, aglomerándose allá en un rincón, luciendo sus armas á la luz de luminarias y fogatas...

Brillan las corazas y los relámpagos de oro de las llamas ponen estrellas súbitas en el acero límpido de los guerreros inquietos, aunque siempre valientes aun en medio de su espanto; justo es decirlo.

Lo que en la gran sala pasó era solemne, ya os lo he dicho.

Primero, el sacerdote; después, Marina, y



en seguida ¡el mismo «Cuahutemocztin»!...

¿Qué cosa más extraña y cuál no sería la sorpresa de los aventureros?

¿Qué habló «Cuahutemocztin»? ¿Qué habló ante los españoles, temblorosos aún por la cólera que les había producido la presencia de aquel que se les aparecía prontamente como el que vengaría pasados ultrajes?...

.....  
¡Oid! ¡Oid!...

Son las palabras que guarda la tradición; son las ardientes palabras que hizo vibrar el grandioso Cuahutemocztin, cuando se presentó de súbito ante los mismos españoles.

Sus palabras fueron traducidas con toda audacia por Marina, que era quien había llegado primero, pero que había hablado con toda exactitud.

¡Oid, oid, pues!

.....  
—Adalides blancos, magnos héroes de ojos hermosísimos y barbas que se encrespan y son profusas... gentes que os llamáis descendien-

tes de altos señores, campeones que sabéis triunfar vestidos de hierro contra seres desnudos... ¡Blancos, malditos seáis!... ¡Vengo á decir os que ya por fin habéis labrado vuestra tumba!... ¡Temblad aún más! ¡Más aún, porque vengo á desafiaros!... ¿Queréis una batalla? ¡Oh! tú, grandioso ejército, que formas la guardia del «Malinche», (1) espera las batallas que deben venir... ¡Oh, sí, esperad los combates!... Yo os desafío; lo digo de nuevo. ¿Ya me veis así?... Mira! mi macana!... ¡Esta macana cercenará muchos, muchos cuellos enemigos! Pero por lo pronto no debéis temblar más, no debéis temblar más porque no hay designio alguno contra los que ocupan la grandiosa sala... ¡Silencio!

. . . . .  
Hubo un inmenso murmullo entre los soldados españoles; muchos quisieron arrojarse sobre Cuahutemoczin, pero bien pronto ha-

---

(1) (Así llamaban los aztecas á Cortés porque lo veían siempre acompañado por la Malinche.)

bía desaparecido... Quisieron buscar al noble anciano Fray Bartolomé, y también había desaparecido.

¡Oh! ¿Qué era lo que pasaba?

Buscaron la dulce y melancólica voz de mujer y hallaron á doña Marina.

Esta dijo con toda la fuerza de su robusto pecho, cuando volvió jadeando á la sala, pues



había corrido para avisar que detuvieran á Cuahutemocztin:

—Ya os he dicho todo lo que era necesario; yo he sido quien trasladé las palabras de una lengua á la otra... ¡Yo fuí quien os dije la sentencia de «Cuahutemocztin»: Al fin moriréis sucumbiendo bajo las trombas del fuego de nuestros enemigos!... Los aztecas irán á preparar el ataque...

De pronto volvió á presentarse Cuahutemocztin.

—Yo, Cuahutemocztin,—dijo,—escuché lo que dijo la doncella «Malinali» y también procuré desatar los velos turbios de los antiguos misterios para ver si erais hijos del Sol. ¿Qué?... ¿Qué os figuráis, que debí «creer en semejante patraña»?... Pero aplacemos el desafío. En nombre de todos os vengo á decir que ya sois poderosos de nuevo. Hernán Cortés vuelve á ser enérgico y llevará á los mejores para batir á los enemigos vuestros los mismos blancos... ¡Oh! sí, allá en las playas del Oriente llegaron barcas magníficas y sober-

bias, y en esas han desembarcado gentes blancas que vienen á batallar con vosotros... Yo mismo lo he sabido... ¡Id hacia allá! No quiero aprovecharme de que tenéis enemigos más numerosos. . Id á pelear ó á reuniros con ellos y volved. Y mientras esperad. Ya veis si soy magnánimo... ¡Os odío! Y sin embargo, ya sabéis... Vuestros enemigos están al frente. Pero sabed que estamos dispuestos á arrancar de la cabeza de Moctecuhzoma la vil corona para echarla á los perros que traéis. ¡Sabedlo! No queremos, no hemos tenido nunca hasta ahora, por castigo de los dioses, reyes cobardes, y Moctecuhzoma no es ya nuestro rey.

Después de la horrenda confesión y del griterío en las tinieblas, la voz de Malinche, argentina y dulce, exclamó en castellano después de traducirles las palabras de Cuahutemoczin:

—¡Silencio! Tenemos al monarca preso. Somos inatacables. ¡Oh! sí ¡Ay de los que nos toquen! ¡Adelante, sí, hacia adelante! ¡Hacia adelante!—seguián gritando los castellanos;



pero en plena sombra, pues se habían apagado las antorchas y fogatas.

En las salas los consejeros habían desaparecido.

¿Quién quedaría? Todos huían, ni un azteca quedaba.

Los pétalos de las flores blancas, desprendidas de las isletas y platanares riquísimos

que crecían maravillosamente en el Sur fueron volando, volando hasta el rostro sereno del príncipe de las alas de águila a comunicarle que llegaban más españoles.

Algo le dijeron, que ruda y siniestra fué la frase tremenda.

Como que aumentó considerablemente el temor de los españoles allá muy allá en la sala del alcázar de Moctecuhzoma.

«Kocoyotzin». Cuando escucharon esa misma frase de Cuahutemoctzin, sin entenderla, y luego de la «Malinche», produciéndoles verdadero pánico.

Habían desembarcado más hombres blancos en las playas del «Omecatli», y aquellos hombres blancos venían á pelear con los que habían llegado primero; ¿qué significaba aquello?

Enorme confusión se produjo entre los soldados de Cortés.

Cada uno juraba y maldecía en las tinieblas, sin preocuparse ya de Cuahutemoctzin, que había vuelto á salir del palacio y que

afuera convencía á su gente de armas que debían respetar á los blancos porque ya otros habían llegado á castigarlos, sin duda de orden de su lejano Rey.

—No temáis nada, son refuerzos que nos llegan de España y nos manda Su Majestad el Emperador Carlos Quinto,—gritó de repente la voz robusta de Cortés, quien había llegado, sabiendo también la noticia de los nuevos españoles.

Pero el caudillo mentía.

Quien llegaba era Pánfilo de Narváez, con mil hombres y brava caballería y buenos cañones, enviado por Diego Velázquez, gobernador de Cuba, para que prendiese á Cortés y tomara posesión de sus conquistas.

Era preciso ir á batir á aquellos rivales. Y sin perder tiempo organizó sus fuerzas Hernán y al mando de ellas se dispuso á partir, renegando de la suerte que parecía serle adversa.

El noble Cuahutemoczin le vió partir, murmurando:

—¡Ay de tí si vuelves!... Vencerás acaso, pero ¡qué cara te costará la victoria!...